



Consejo de Seguridad

Distr.
GENERAL

S/1996/1028
11 de diciembre de 1996
ESPAÑOL
ORIGINAL: INGLÉS

CARTA DE FECHA 9 DE DICIEMBRE DE 1996 DIRIGIDA AL PRESIDENTE
DEL CONSEJO DE SEGURIDAD POR EL REPRESENTANTE PERMANENTE DE
GEORGIA ANTE LAS NACIONES UNIDAS

Tengo el honor de transmitir adjunto el texto del discurso pronunciado el 2 de diciembre de 1996 por el Excmo. Sr. Eduard Shevadnadze, Presidente de Georgia, en la Reunión en la Cumbre de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa celebrada en Lisboa.

Agradecería que tuviese a bien hacer distribuir la presente carta y su anexo como documento del Consejo de Seguridad.

(Firmado) Dr. Peter CHKHEIDZE
Embajador
Representante Permanente

ANEXO

[Original: ruso]

Discurso pronunciado el 2 de diciembre de 1996 por el
Presidente de Georgia en la Reunión en la Cumbre de los
Estados miembros de la Organización para la Seguridad y
la Cooperación en Europa celebrada en Lisboa

Permítanme remontarme al pasado, ya que Lisboa invita a evocar la historia.

Es el final del siglo XV. Empieza una nueva época. Una carabela se hace a la mar, y tras doblar el cabo de Buena Esperanza abre nuevas rutas para Europa.

La analogía es clara: me refiero a la travesía de Vasco de Gama, quien guiándose por el compás de una nueva idea, la idea del descubrimiento, la hizo realidad.

Al final del presente siglo, cabe preguntarse cuáles son las ideas que orientan nuestros propios rumbos.

Hace dos años, en Budapest, dimos a la Conferencia sobre la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa un nuevo nombre. Hoy, en Lisboa, tenemos la obligación de evaluar los resultados alcanzados. Al sustituir la palabra "Conferencia" por la palabra "Organización", ¿a qué dimos prioridad? Al cambiar las palabras "hogar europeo" por la palabra "arquitectura", ¿acaso cambiamos el orden establecido?

No puede haber una gran arquitectura sin una gran idea. ¿Será la nueva idea equivalente a la que nos permitió poner fin a la "guerra fría"? ¿Podrá señalarnos nuevos horizontes y ayudarnos a capear las tempestades que se avizoran al terminar el siglo? Las guerras locales, que por su destrucción concentrada no se quedan a la zaga de los conflictos mundiales, y el nacionalismo belicoso y el separatismo agresivo, menos brutales que el nazismo, han cubierto de sangre los documentos de Helsinki.

Yo represento a un país en que esos sucesos no se ven por televisión sino que se viven en carne propia. Por eso tengo derecho a preguntar: ¿Qué estamos haciendo?

La respuesta la sabemos de antemano. Estamos apaciguando a regímenes criminales, tratándolos como si fuesen gobiernos legítimos. Nos sometemos a ellos, acatando sus ultimátums. Cerramos los ojos ante las farsas que montan para legitimar los resultados de sus políticas de depuración étnica y anexión territorial. Nos da miedo llamar genocidio al genocidio y tenemos escrúpulos en estigmatizar a los responsables de crímenes de lesa humanidad.

El resultado ha sido una tragedia tras otra, desde Abjasia hasta Rusia y el Cáucaso septentrional, como ha sucedido en nuestro caso.

Resulta difícil concebir que esto esté ocurriendo a fines del siglo XX, después de su logro más notable, el fin de la "guerra fría".

/...

Permítanme recordar que este logro fue el resultado de un nuevo pensamiento político, de una nueva mentalidad política, que no se circunscribe a una época determinada. Cada época es impulsada por nuevas ideas que abren caminos hacia lo desconocido. Sólo con una visión de semejante trascendencia se podrá garantizar la seguridad de toda la región euroasiática.

Mientras tanto, tenemos que reconocer que parte del lastre que llevamos a bordo lo venimos arrastrando desde la época de la "guerra fría": los interminables debates sobre los rincones del mundo que conviene o no conviene incluir en determinadas alianzas, las discusiones bizantinas sobre si estamos en un mundo unipolar o bipolar ... El lenguaje osado también proviene de esa época, y es peligroso, ya que encierra en sí la semilla del enfrentamiento.

Mi país es pequeño, es como una gota de agua, pero en él se refleja todo el océano. A pesar de lo que ha sufrido, Georgia sigue fiel al principio del arreglo pacífico de las controversias por medios políticos. En cuatro años, Georgia ha pasado de ser un país en ruinas a una sociedad civil en la que se han sentado las bases de la democracia, la economía de mercado y la estabilidad. Actualmente, Georgia goza de una moneda nacional estable con un nivel de inflación mínimo. Ha reactivado su economía y logrado un crecimiento anual del producto interno bruto de aproximadamente el 14%. Hemos logrado todo esto con el apoyo de nuestros amigos, de la comunidad internacional y de las instituciones europeas, lo que demuestra su enorme capacidad, que podrían aplicar con igual eficacia en otras esferas. Se trata, sin embargo, de las primeras señales de progreso. La crisis aún no se ha superado: centenares de miles de personas siguen viviendo por debajo de la línea de pobreza y la situación de los refugiados es aterradora.

Hay muchas cosas que podemos ver ahora con más claridad: no hay barrera de protección, cualquiera que sea la frontera que resguarde, que pueda compararse en solidez y eficacia con la rehabilitación económica y la reconstrucción, de los Estados en todo el mundo posttotalitario. No hay nada mejor que semejante integración en las estructuras europeas. No hay mejor garantía de la seguridad de los Estados que la ampliación de la Unión Europea a los Estados de Europa oriental y sudoriental. Esta sería una medida que celebrarían prácticamente todos los Estados.

Europa ya cuenta con el principal requisito para ello: una visión del mundo compartida desde Vancouver hasta Vladivostok, en la que no existe más el mundo bipolar y se está afianzando un sistema de valores comunes basado en el liberalismo democrático y el respeto de los derechos humanos.

Sería impermissible desestimar esta afortunada situación, con todas sus colosales posibilidades, en favor de intentos nostálgicos de resucitar la doctrina del equilibrio de fuerzas como única garantía de la seguridad. En este espacio la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa debe establecer parámetros destinados a proteger nuestros valores comunes, incluida nuestra herencia cultural, y a prevenir cualquier conflicto, incluido el conflicto entre civilizaciones. Entre esos parámetros, ocuparían un importantísimo lugar la obligación de responder por el mínimo atentado contra nuestra seguridad común y el castigo ineludible de todo régimen o grupo de personas, e incluso de todo Estado, que atenten contra la paz en Europa. Europa cuenta con todos los elementos necesarios para ello. Sólo falta que los

instrumentos de Helsinki tengan fuerza obligatoria que garantice su cumplimiento incondicional.

Así pues, me pregunto, estimados colegas, y les pregunto a ustedes ¿acaso no ha llegado el momento de pensar en una nueva conferencia de Helsinki, cuya acta final se convertirá en la ley básica de Europa, en la constitución europea del siglo XXI? Quizás esto sea demasiado osado, pero estamos en Lisboa, donde todo parece predisponernos a la osadía, donde alguna vez los héroes de los Lusíadas emprendieron lo imposible, preguntándose: ¿por qué no?
